

AMERICA, ANTE UNA OPCION DECISIVA

Hora crucial.

Estamos en un momento decisivo para el destino del continente americano. De lo que los conductores responsables de ese destino hagan o dejen de hacer en el futuro inmediato, dependerá nuestra suerte por muchas décadas. Por eso, en una ocasión tan trascendental tenemos la obligación primaria de decir la verdad. No es el momento de recurrir a frases convencionales o a esquemas verbales vacíos de contenido. Debemos afrontar la realidad en toda su crudeza. Porque si nos limitáramos hoy a repetir las fórmulas vacías de una retórica superada, no solamente habríamos defraudado la esperanza de los que piden orientaciones claras, sino que habríamos malogrado una oportunidad—tal vez la última que se nos presenta—de influir sobre los hechos.

Etapas de un proceso.

El principal problema que se plantea hoy en el ámbito americano concierne a las relaciones entre los Estados Unidos y los países de Iberoamérica. El régimen de esas relaciones ha variado profundamente a lo largo de un siglo y medio de convivencia, y podemos en ella distinguir cuatro períodos. Ellos son, por su orden cronológico, los siguientes:

- 1) Hasta la creación de la Unión Panamericana (1890) y la guerra de Cuba (1898), los Estados Unidos e Iberoamérica vivieron prácticamente en la ignorancia y el aislamiento recíprocos. Ni se amaban ni se detestaban: simplemente, se desconocían.

- 2) Entre fines del siglo pasado y 1933—fecha de la VII Conferencia Panamericana de Montevideo—los Estados Unidos practicaron, con mayor

o menor dureza, la política intervencionista. Es la época del «big stick» y de la «diplomacia del dólar», cuyas principales expresiones fueron los desembarcos de marinería en el Caribe, la fiscalización de las Aduanas para el cobro compulsivo de las deudas, la política de no reconocimiento a los Gobiernos «ariscos».

3) La Conferencia de Montevideo inauguró la era llamada de la buena vecindad, bajo el signo del principio de no intervención. Las intervenciones armadas, por tanto, terminaron. Pero los Estados Unidos continuaron gravitando efectivamente en América latina a través de sus frecuentes contactos con los Gobiernos dictatoriales y con las minorías dirigentes que, con pocas excepciones, dominaban al sur del Continente.

4) A partir de 1958 parece haberse inaugurado una nueva política basada en la amistad dentro de la igualdad y en una intensa cooperación económica para la promoción en Iberoamérica de mejores condiciones de vida. El Presidente Kennedy ha ratificado esta línea de acción, cuya expresión formal la constituye el programa de «alianza para el progreso» que lanzó en el pasado mes de abril en presencia de los representantes iberoamericanos acreditados ante la Casa Blanca.

En el umbral de una nueva era.

¿Estamos, pues, en el umbral de una nueva era en la historia de las relaciones interamericanas? Todo nos llevaría a creer así y a pensar que las nubes del pasado se han disipado definitivamente. Y, sin embargo, por extraña paradoja, en el preciso momento en que los Estados Unidos se proponen rectificar los rumbos de otros tiempos, en el justo instante en que se resuelven a prestar su colaboración para construir una vida mejor en este Nuevo Mundo, donde todavía tanta miseria y tanto atraso imperan, la crisis parece llegar al vértice y estalla dramáticamente en uno de los lugares más placenteros de la tierra: en una isla alegre y feraz, a 150 kilómetros de la costa de los Estados Unidos. Como tantas veces ha ocurrido en la Historia, el estallido coincide con el comienzo de la rectificación de los errores y las culpas que provocaron la crisis. El pasado se venga en el presente de las injusticias que vió cometer.

La revolución del mundo subdesarrollado.

No se podría entender del todo lo que pasa entre Estados Unidos e Iberoamérica si no se comprende lo que pasa en el mundo en general. De todos los hechos históricos que este siglo legará a los venideros, el más importante parecer, sin duda, la revolución de los pueblos subdesarrollados. Así como la revolución industrial que transformó las estructuras sociales de la vieja Europa fué el hecho más importante del siglo xx, el hecho más importante de este siglo es también un hecho social. Ni siquiera la toma del Poder por el comunismo en Rusia puede parangonarse con él en significación histórica.

Este signo de la época marca acontecimientos que ocurren en los lugares más alejados entre sí y con los rasgos más dispares. Marca la formación de una conciencia «anticolonial» que ha puesto de pie a un vasto sector del continente africano. Marca la rebelión contra la gravitación política de los grupos financieros. Marca la aspiración vehemente a obtener mejores condiciones materiales de vida. Marca el anhelo universal de igualdad y el repudio por toda forma de discriminación.

Admitimos desde ahora todo lo que pueda haberse infiltrado de malsano en este proceso revolucionario. Reconocemos todo lo que él contiene de resentimiento, ese poderoso estimulante y activador de violencia. Sabemos que la envidia del pobre al rico, el rencor del ignorante respecto del que sabe, el complejo de inferioridad racial, no son ajenos a este gran drama histórico. Pero cometeríamos un grave error—el error que siempre ha perdido a los reaccionarios de todos los tiempos—si confundiéramos estos elementos malsanos y subalternos con la causa fundamental que mueve a los pueblos lanzados a esta gran aventura: la procura de mayor justicia y el logro de condiciones más dignas de vida.

Iberamérica, en trance de renovación.

Iberoamérica no es ajena a este proceso revolucionario. Su posición económica subordinada, el bajo y a veces ínfimo *standard* de vida en que yacen vastos sectores de su población, la compleja composición étnica de muchos de sus países, la vuelven terreno propicio para que en su seno se desarrolle el mismo impulso vital que conmueve y transforma a otros Continentes. Las estructuras económicas y sociales iberoamericanas fueron creadas en y para una época que se regía por cánones muy diferentes. Se establecieron sobre la base de países con muy escasa población; dominados internamente.

por aristocracias altamente cultivadas, pero alejadas del pueblo; supeditadas, en la relación con el mundo exterior, a poderosas entidades económicas y financieras de origen extranjero; firmemente fijadas en la posición de productores exclusivos de materias primas.

Ahora bien, estas estructuras económicas y sociales que Iberoamérica heredó del siglo XX ya no son compatibles ni con las exigencias creadas por el progreso técnico del siglo XX ni, sobre todo, con esa conciencia de igualdad a que acabamos de referirnos. Por eso, nuestra porción meridional del Continente está en el umbral de una transformación sustancial, mucho más profunda que los cambios de régimen político que tantas veces la agitaron en el pasado. No nos parece que sea válido poner en duda la realidad de esta transformación. Lo único que está en tela de juicio es bajo qué signo ideológico y hasta qué extremos ella habrá de consumarse.

El comunismo internacional, bajo la conducción política de la Unión Soviética, está haciendo un esfuerzo poderoso para transformar este movimiento de renovación que conmueve hoy al mundo subdesarrollado, en un proceso de conversión total al marxismo. Con una tenacidad y energías dignas de mejor causa, la política de los países comunistas se orienta a promover y alentar todos los procesos revolucionarios del mundo subdesarrollado y a ponerles su etiqueta doctrinaria. La Unión Soviética revela de este modo su fidelidad al espíritu mesiánico de la raza eslava: ayer, al servicio del ideal cristiano y nacional encarnado por la «Santa Rusia» de los zares; hoy, al servicio del ideal «socialista».

Debemos reconocer que la propaganda comunista ha logrado muy señalados éxitos en su intento de identificar la revolución ideológica del marxismo con la transformación social de los pueblos subdesarrollados. El más significativo de estos éxitos consiste en haber persuadido a vastos sectores de esos pueblos que sus *principales* enemigos son las potencias llamadas «capitalistas» y que la palabra aborrecida de «imperialismo» no se aplica al despótico imperio rojo, sino a las grandes potencias del mundo liberal democrático. De esto a que los pueblos subdesarrollados acepten que no solamente estas potencias son sus enemigos, sino que los países comunistas, y la Unión Soviética en particular, son sus verdaderos amigos, la distancia no es demasiado grande. El día en que ese paso se franquee, las perspectivas de la conquista del mundo por el comunismo se habrán vuelto peligrosamente cercanas.

Las fuerzas de resistencia.

¿Debemos entonces desesperar? ¿Debemos dar la batalla por perdida? Nada más lejos de nuestro ánimo que transmitir un estado de espíritu pesimista. Por el contrario, hemos querido mostrar sin disimulo la peligrosidad del desafío para que de la conciencia del peligro surja la energía de nuestra respuesta.

Las fuerzas adversas por principio a la dominación comunista en el mundo subdesarrollado y particularmente en Iberoamérica son muy poderosas. La principal entre ellas es la religión. Es verdad que el mundo occidental ha perdido muchos de los ideales religiosos que conformaron la cultura de nuestros pueblos. Pero esos ideales siguen siendo todavía un elemento capital de nuestra personalidad. En Iberoamérica, la observancia disciplinaria de los preceptos religiosos es, sin duda, débil. Pero ello no obsta a que sus habitantes sigan afectivamente ligados a la fe tradicional y a que los usos que rigen su conducta social estén impregnados de sentido religioso. Esta fuerza pasiva del sentimiento religioso constituye el obstáculo más serio para la implantación de una doctrina que excluye en su raíz todo elemento espiritual.

La adhesión a las tradiciones nacionales representa otro elemento capital de la resistencia a la penetración marxista en Iberoamérica. Es cierto que el comunismo, consciente de la importancia de esos valores nacionales, ha tratado de asumirlos y trata de disfrazarse en nuestros países bajo las apariencias de un «marxismo nacional». Pero a pesar de que este cambio de tácticas le ha permitido hacer progresos que no lograba cuando actuaba como enemigo abierto de la noción de patria, no ha acabado de vencer. Algo habla al instinto de los pueblos y les dice que estos fervientes «nacionalistas» de la undécima hora no son sinceros en su fe patriótica y que el nacionalismo que proclaman es la cobertura táctica de un internacionalismo del que nunca en el fondo renegaron.

Así, pues, las fuerzas capaces de luchar contra la comunización de Iberoamérica son muy poderosas, porque están entrañablemente ligadas a nuestro propio ser. Pero, desgraciadamente, esas fuerzas están a la defensiva frente a un enemigo infatigable, perfectamente coordinado y que ha arrojado la totalidad de sus efectivos a la acción. No sería la primera vez en la Historia que una minoría activa se apodera de la civilización contra el sentir general para remodelarla a su imagen y semejanza.

Bases para una movilización.

De lo dicho surge la urgencia de movilizar las energías latentes en el alma iberoamericana para afrontar con todos los efectivos disponibles la batalla en que se decidirá la suerte de nuestro Continente. Pero esa movilización será imposible o estéril si no acepta como hecho irreversible la transformación de las estructuras económico-sociales de Iberoamérica. Sería, sobre todo, imposible si los Estados Unidos no se hicieran cargo de la ineluctabilidad de este cambio y no pusieran todo su empeño en favorecerlo.

Para que este empeño resulte eficaz debe operarse un cambio fundamental de mentalidad. Las viejas nociones que orientaron en otro tiempo la presencia de los Estados Unidos en Iberoamérica deben ser definitivamente abandonadas. La ayuda financiera no debe ser considerada con un criterio puramente estabilizador: entendida con el limitado propósito de estabilizar la moneda o de equilibrar el presupuesto. Debe dirigirse a promover un vigoroso incremento de las fuentes de riqueza. Debe sobre todo partir del supuesto de que Iberoamérica no puede ser ya considerada como productora exclusiva de materias primas.

Necesidad de industrialización.

La industrialización de Iberoamérica no puede ser demorada si se quiere evitar que nuestro continente quede sumido en una miseria propicia al triunfo del extremismo ideológico. La devaluación de las materias primas, lejos de detenerse, prosigue con inexorable ritmo. Por otra parte, todos los esfuerzos realizados hasta ahora para contener esa devaluación y para conjurar lo que se ha dado en llamar «el deterioro de los términos del intercambio» han resultado inútiles. La industrialización—que supone la creación previa de las estructuras de base—resulta, pues, una necesidad vital para que nuestra área geográfica salga del marasmo en que yace.

Ahora bien: Iberoamérica carece de capitales y de técnicos que le permitan llevar a cabo por sí sola esta gigantesca transformación de su estructura económica. Necesita la ayuda exterior de los países altamente desarrollados, y primordialmente la ayuda de los Estados Unidos. Esta ayuda puede y debe darse por la vía de las inversiones privadas. Pero está demostrado que la colaboración de la empresa privada no basta. Debe complementarse por la cooperación interestatal.

En tal sentido, el programa esbozado por el Presidente Kennedy y cono-

cido con el nombre de «Alianza para el progreso», puede constituir la base inicial de una acción renovadora que, al crear fuentes nuevas de riqueza, libere a Iberoamérica de la servidumbre económica en que yace. Cuando estas líneas sean publicadas habrá tenido ya lugar la reunión que debe celebrarse en Montevideo el Consejo Interamericano Económico y Social. Se sabrá entonces si el paso decisivo hacia esa liberación ha sido franqueado. Nos cabe, entre tanto, abrigar la ferviente esperanza de que una era nueva haya comenzado en las relaciones económicas del Continente americano.

Prosperidad con justicia social.

La promoción económica que se espera de la «Alianza para el progreso» tiene, pues, por objeto, combatir el subdesarrollo y crear en América fuentes propias de riqueza mediante la explotación de sus inmensos recursos potenciales. Pero no menos importante todavía que la cantidad de dólares que el Gobierno y los inversores privados de los Estados Unidos estén dispuestos a efectuar, nos parece el *sentido final* de este esfuerzo. En efecto, si la ayuda norteamericana ha de consolidar las estructuras económico-sociales allí donde son particularmente injustas y anacrónicas, la ayuda sería contraproducente y podría contribuir a facilitar y no a impedir el triunfo del comunismo. Pero si la «Alianza para el progreso» se orienta a crear fuentes de riqueza que extiendan el bienestar a toda la población y no solamente a unos pocos privilegiados, si se advierte que promueve y no que contiene la transformación social, entonces será un instrumento poderoso para la creación de un Continente sólidamente unido en la defensa de nuestras concepciones de vida.

No quisiéramos que se interpretaran estas afirmaciones como signo de que la cooperación económica entre los Estados Unidos e Iberoamérica debe constituir una especie de «socorro social» en el cual todas las ventajas y beneficios sean para una sola parte. Pertenecientes a un país cuya política económica se funda en el respeto de los compromisos contraídos y que se ha impuesto los más severos sacrificios para afrontarlos, creemos que podemos hablar con autoridad. No se trata, pues, de convertir la cooperación en beneficencia. Se trata de fijar sin error los objetivos últimos que deben perseguirse con ella. Si las masas populares advierten que la colaboración económica entre los Estados Unidos e Iberoamérica promueve una elevación sustancial de sus niveles de vida y que la mayor riqueza creada por esa colaboración se distribuye equitativamente en todos los sectores sociales, ellas serán las primeras defensoras del entendimiento mutuo. Pero si comprueban

que sólo unos pocos recogen los frutos de la ayuda, acabarán volcándose, a pesar de sus resistencias espirituales, a los sistemas socialistas. Esa es la alternativa que hoy debemos confrontar.

Conviene preciar que el problema de la distribución de la riqueza no es igual en todos los países de Iberoamérica. En algunos, la desigualdad social y la miseria son más patentes que en otros donde lo esencial es *crear* bienes. Pero si bien el problema no reviste en todas partes la misma agudeza, no puede afirmarse que haya lugares donde no exista. Esta situación ideal no es conocida por nuestros pueblos.

El caso de Cuba.

La situación anómala que viven los países iberoamericanos ha hecho crisis con motivo de los acontecimientos de Cuba. En el debate celebrado durante la invasión en las Naciones Unidas, el representante norteamericano, señor Stevenson, afirmó que los Estados Unidos no intervendrán unilateralmente con fuerzas armadas para derrocar al régimen de Castro, y los hechos posteriores han ratificado esta afirmación.

Creemos que ésta es la posición razonable. En efecto, cualesquiera que pudiesen haber sido las razones que aconsejasen una acción de este tipo, la intervención armada unilateral en Cuba habría tenido catastróficas consecuencias para la política de buen entendimiento que estamos preconizando. Haciendo abstracción de sus repercusiones sobre la paz mundial, la intervención armada resucitaría todos los espectros que tanto trabajo ha costado enterrar. La renuncia a este procedimiento revela cuánto se ha progresado en la vía del respeto por la integridad territorial y la independencia política de nuestros países.

Por razones parecidas tampoco nos parece oportuno el procedimiento de las sanciones colectivas dentro del marco del sistema interamericano. La principal objeción que contra él cabe formular es que resulta *inofensivo* y *contraproducente*. Inofensivo porque no conmueve en lo más mínimo la estabilidad de los países que son objeto de la sanción. Contraproducente porque facilita el fortalecimiento de una mística nacional que se vuelca en apoyo del Gobierno contra el cual la acción internacional va dirigida.

La intervención comunista.

La salvaguardia del principio de no intervención nos exige, por otra parte, no permanecer indiferentes ante la ingerencia que la Unión Soviética y los demás países del bloque comunista están practicando en Cuba y, a través de Cuba, en todo el continente americano. Por eso, el caso cubano no es solamente un conflicto bilateral entre Cuba y los Estados Unidos; es un problema que afecta a todo el Continente. Si todo se redujera a que Cuba hubiera decidido adoptar una forma de Gobierno distinta de las demás Repúblicas hermanas, eso de por sí, no sería materia de nuestra incumbencia. Pero cuando un país abraza de hecho la ideología mediante la subversión promovida desde fuera del Continente, entonces la cuestión nos afecta a todos. No se trata, pues, de *intervenir* en los asuntos internos de otro país, sino de *defendernos* de la intervención extranjera en los nuestros.

Debemos admitir que la conciencia continental—que está madura para repudiar las viejas formas del intervencionismo norteamericano—no lo está tanto para repeler las nuevas formas del intervencionismo soviético. Muchos creen todavía que el caso cubano interesa solamente al pueblo cubano, y que si Cuba quiere ser comunista, ejerce un derecho que no puede serle negado. Es posible que quienes así piensan se equivoquen de buena fe, y, aun a esta altura de los acontecimientos, crean que el comunismo es un problema de resorte doméstico. Pero la experiencia universal sobre la virulencia dialéctica del comunismo y sobre su intrínseca tendencia a la expansión ofensiva no nos permite caer en esa clase de engaños. Eso es lo que vuelve difícil aceptar la convivencia normal en América con una nación comunista.

Sentido de la no intervención.

Con motivo de los acontecimientos de Cuba, se ha producido en el Continente una corriente de opinión que considera necesario revisar la situación vigente en lo que concierne al principio de no intervención. Quienes propician esta revisión sostienen que el principio de no intervención constituye hoy un cinturón protector para los regímenes dictatoriales que subsisten en América y muy particularmente que sirve de escudo a la penetración comunista realizada bajo su amparo.

Nos permitimos disentir categóricamente con este enfoque del problema. Creemos que el principio de no intervención (entendido en su sentido político y no filosófico) representa una conquista irreversible de la convivencia ame-

ricana a la que los países del Continente no pueden ni deben renunciar. Fué necesaria una ardua lucha para implantarlo y ha tomado carta de ciudadanía en nuestro derecho público. La anulación del principio de no intervención significaría, por otra parte, abrir las puertas a la opresión en un área geográfica en que uno de los países tiene mucho más poder que los veinte restantes que la forman.

Creemos, en cambio, que lo que corresponde es revisar la *forma de aplicación* del principio, teniendo en cuenta las circunstancias nuevas que gravitan en las relaciones internacionales. Hasta hace poco, el principio de no intervención se entendía como norma destinada a proteger a un país de la agresión frontal en cualquiera de sus manifestaciones y, en especial, de la intervención armada. Hoy debe adaptárselo a las nuevas formas que reviste la ingerencia extranjera y, sobre todo, a la acción subversiva destinada a promover la alteración violenta del orden constituido. Por tanto, no se trata de dar un paso atrás abrogando el principio de no intervención, sino de ir hacia adelante «afinándolo» y haciéndolo jugar en situaciones antes no previstas. Esto es particularmente necesario y urgente en el ámbito interamericano.

Coparticipación en una empresa común.

Hemos dicho que la revisión de las relaciones entre los Estados Unidos e Iberoamérica, para crear una nueva forma de trato, supone también la revisión a fondo de nuestras relaciones económicas. Pero el aspecto económico no es el único que debemos prever para crear bases sólidas de convivencia. Otros elementos deben integrar nuestra colaboración amistosa.

Así consideramos que Iberoamérica debe verse más estrechamente asociada a la colaboración y conducción de la política exterior *vis a vis* de otras regiones del mundo. Sería la mayor suma de responsabilidades en la determinación de esa política. Pero lo que desearíamos subrayar es que Iberoamérica debería poder considerarse a sí misma como un *socio consultado* cuya opinión es escuchada y tenida en cuenta. Es necesario que cuando acontecimientos importantes ocurren en el mundo (decimos en el mundo y no sólo en el continente americano), los Gobiernos de Iberoamérica reciban información suficiente y tengan oportunidad de exponer sus puntos de vista antes de que los Estados Unidos adopten, a su respecto, una posición final. Para referirnos a las Naciones Unidas, conviene no olvidar que Iberoamérica representa, con sus diecinueve votos, un peso político que puede inclinar la

balanza. Bastaría ello para que no fuera considerado tan sólo como el colaborador pasivo al que sólo se le llama en el momento en que debe emitir su sufragio.

América, en crisis de ideales.

Debemos concluir este imperfecto examen de las relaciones interamericanas con una ratificación apremiante del lema que debe guiarnos: la coparticipación en un esfuerzo común. Esta idea de coparticipación implica, como lo hemos señalado, el reparto de muchas responsabilidades que hoy sólo son asumidas por el más poderoso de nuestros vecinos en el Hemisferio. Pero implica, sobre todo, la renovación de los esquemas anacrónicos y el reagrupamiento alrededor de los ideales que nuestros pueblos sienten como propios y que están dispuestos a defender a costa de cualquier sacrificio.

En este sentido, la mayor debilidad que aqueja hoy a América—y podríamos agregar que al Occidente en general—es *su incapacidad de encontrar una formulación de sus principios que sea capaz de interpretar las aspiraciones populares*. La retórica que hoy usan los dirigentes del mundo occidental no parece suficientemente atractiva; sus consignas no conmueven. Por eso Occidente debe encontrar dentro de sí mismo, en su propia entraña espiritual, las energías necesarias para traducir, en un mensaje renovado, sus valores eternos. De lo contrario, el comunismo será para las masas la receta nueva y maravillosa. Este es, en toda su terrible crudeza, el desafío con que nos vemos confrontados. La posibilidad de afrontarlo victoriosamente sigue en nuestras manos.

MARIO AMADEO.